

El aporte del “criollismo” a la forja de la identidad nacional argentina

Santiago Javier Sánchez
Université de Montréal

Introducción. “Criollo” y “criollismo”: una etimología ambigua. Una raza argentina. Conclusiones.

Resumen

En este artículo analizaremos algunos aspectos del llamado “criollismo”, un fenómeno social y cultural amplio que tuvo lugar en el pasaje del siglo XIX al XX y que contribuyó a la construcción de una identidad nacional en la joven y multicultural República Argentina. Para ello, nos centraremos en la figura del gaucho, poblador mestizo de la llanura pampeana, y compararemos su rol concreto, históricamente documentado, con la imagen idealizada construida a posteriori por el primer nacionalismo argentino, esto es, aquel que vio la luz en torno a 1910, año en que la Argentina celebró su primer siglo de vida política independiente.

Résumé

Nous analyserons, dans cet article, certains aspects du « créolisme », un ample phénomène social et culturel qui eut lieu au passage du XIXe au XXe siècle et qui contribua à la construction de l'identité nationale de la jeune et multiculturelle République Argentine. Nous nous centrerons sur la figure du « gaucho », habitant métis de la plaine argentine (la « pampa »), et nous comparerons son rôle concret, historiquement documenté, avec l'image idéalisée forgée *a posteriori* par le premier nationalisme argentin, celui qui vit le jour vers 1910, lorsque l'Argentine célébra son premier siècle de vie politique indépendante.

1. “Criollo” y “criollismo”: una etimología ambigua

Para comenzar, es conveniente intentar algunas precisiones etimológicas. Los términos “criollo” y “criollismo”, en rigor, adolecen de cierta vaguedad en sus significados. Transcribiremos, a continuación, las definiciones de “criollo” presentes en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: “Dicho de un hijo, y en general, de un descendiente de padres europeos, nacido en los

antiguos territorios españoles de América y en algunas colonias europeas de dicho continente. /Dicho de una persona nacida en un país hispanoamericano, para resaltar que posee las cualidades estimadas como características de aquel país. /Autóctono, propio, distintivo de un país hispanoamericano. /Peculiar, propio de Hispanoamérica". Por otra parte, cabe añadir que, según señala el mismo diccionario, "criollo" es una derivación de la palabra portuguesa 'crioulo', que viene a su vez de "criar".

"Criollismo", en tanto, es el "carácter, rasgo o peculiaridad criollos. /Tendencia a exaltar las cualidades de lo criollo. /Movimiento literario hispanoamericano del siglo XIX inspirado en la tradición criolla". En todo caso, es importante señalar que en la Argentina decimonónica, lo peculiar criollo era lo rural y siguió siéndolo durante el siglo XX, al menos dentro de ciertas corrientes del pensamiento nacionalista. También es cierto que, durante el período de la inmigración de masas (esto es, en el tránsito del siglo XIX al XX), hubo una reivindicación de esta peculiaridad entre algunos artistas e intelectuales, en el seno de la población criolla, especialmente la que residía en las ciudades, e incluso entre los hijos de los extranjeros. En ese sentido, la oposición entre criollos y "gringos", esto es, entre los "viejos" argentinos y los extranjeros recién arribados -oposición hecha extensiva, en muchos casos, a sus hijos argentinos- fue una problemática frecuente.

Esta tensión tuvo lugar en el plano de las relaciones interpersonales más variadas, y dejó huellas en la literatura. Así, podemos citar el caso de Evaristo Carriego (1883-1912), poeta entrerriano radicado en Buenos Aires, que retrató en sus versos la vida del Palermo suburbano del 900, y que acusaba un doble origen criollo-italiano. Por línea paterna descendía de un tradicional linaje criollo de la provincia de Entre Ríos, pero su madre era de origen peninsular. Jorge Luis Borges, en su biografía de Carriego, describe las características esenciales de un conflicto de identidad que no fue privativo del joven poeta sino que resultó común a muchos argentinos en estos años:

A las razones evidentes de su criollismo -linaje provinciano y vivir en las orillas de Buenos Aires debemos agregar una razón paradójica: la de su alguna sangre italiana, articulada en el apellido materno Gionello. Escribo sin malicia; el criollismo del íntegramente criollo es una fatalidad, el del mestizado una decisión, una conducta preferida y resuelta [...] Carriego solía vanagloriarse 'A los gringos no me basta con aborrecerlos, yo los calumnio', pero el desenfreno alegre de esa declaración prueba su no verdad. El criollo, con la seguridad de su ascetismo y del que está en su casa, lo considera al gringo un menor. Su misma felicidad le hace gracia, su apoteosis espesa. Es de común observación que el italiano lo puede tener todo en esta república, salvo ser tomado realmente en serio por los

desalojados por él. Esa benevolencia con fondo completo de sorna es el desquite reservado de los *hijos del país*. (Borges, 34)

Evaristo Carriego no era un criollo “puro”, sino un “mestizado” que criado en un suburbio porteño en el que la población criolla, proveniente del Interior del país, era abundante, optó por la identidad nativa, y abjuró de la europea. Esta opción debía, en consecuencia, ser necesariamente “una decisión, una conducta preferida” y “resuelta”, y no una “fatalidad”, esto es, un hecho que se produce casi naturalmente, por herencia familiar y social. Carriego no podía permanecer en una situación ambigua, detentando dos identidades a la vez o una sola, híbrida. Tampoco podía convertirse en “gringo”.

Muchos argentinos nacidos en estos años vivían una situación similar. También quienes tenían ambos progenitores extranjeros solían adoptar, con la vehemencia del que pretende asimilarse a una sociedad no del todo acogedora, esta identidad criollista reafirmada tan enfáticamente en momentos en que la llegada de inmigrantes era masiva. Precisamente, el “criollismo” fue un movimiento vasto, del que participaron tanto criollos “puros” como “mestizados”, y también “gringos”. Es lo que señala Adolfo Prieto, en su obra *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*:

Paradójicamente, sin embargo, en ese aire de extranjería y cosmopolitismo, el tono predominante fue el de la expresión criolla o acriollada; el plasma que pareció destinado a unir a los diversos fragmentos del mosaico racial y cultural, se constituyó sobre una singular imagen del campesino y de su lengua [...] a despecho de la circunstancia de que ese estilo perdía por entonces sus bases de sustentación específicas: el gaucho, la ganadería más o menos mostrenca, el misterio de las insondables llanuras”. (18)

Que el gaucho, antiguo jinete mestizo, deviniera en estos años un símbolo de la vieja argentinidad amenazada por el cosmopolitismo creciente no deja de ser significativo. Sobre fines del siglo XIX ya había desaparecido de la llanura pampeana, reemplazado por el peón rural. Sin embargo, la literatura folletinesca que cobró popularidad en este período, al avanzar la alfabetización y producirse un aumento de las publicaciones periódicas, lo convirtió en una figura de ribetes heroicos y de entusiasta y generalizada aceptación entre “viejos” y “nuevos” argentinos. Al auge paralelo del circo criollo, con sus exhibiciones de destreza ecuestre y sus representaciones teatrales en las que el gaucho era un personaje importante, junto a otros como “Cocoliche” -el estereotipo ridiculizado del inmigrante italiano-, se sumaron los carnavales populares, entre cuyos disfraces de corso aparecieron los personajes de estos mismos folletines, en especial Juan Moreira¹.

¹ Para más información sobre la historia del circo criollo, ver Livio Ponce.

En la cultura popular argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, Juan Moreira, creado por Eduardo Gutiérrez, fue el personaje más celebrado y ensalzado de todos. Aparecido en una novela por entregas durante el año 1879, en *La Prensa Argentina*, su historia obtuvo un éxito inmediato, que se prolongó hasta poco después del Centenario de 1910. A diferencia del *Martín Fierro* de José Hernández -cuya segunda parte fuera publicada en ese mismo 1879- Juan Moreira no es el gaucho de la llanura salvaje sino que sus aventuras transcurren en escenarios modernos, con telégrafos, ferrocarriles y armas de fuego a repetición. Aunque su figura encarna la del tradicional gaucho valiente y peleador, diestro en el manejo del cuchillo y en el cabalgar, Juan Moreira puede ser considerado un personaje de transición. En él, el criollo rural convive con las primeras manifestaciones del orillero urbano, el mismo que más tarde sería cantado e idealizado en las letras del tango.

El paralelismo entre la historia de Juan Moreira y la de Martín Fierro es solamente parcial. En ambos casos, se relata la vida de un gaucho descrito como pacífico y noble, que vive en su rancho junto a su mujer y a sus hijos, y al que los abusos de la autoridad de campaña lo arrojan a una situación de virtual criminalidad. Tanto Juan Moreira como Martín Fierro son privados de la posibilidad de seguir llevando adelante una existencia honesta. La huída a las tolderías indias se produce en ambos casos, como último y desesperado recurso. Sin embargo, Martín Fierro logra redimirse, reencauzándose en la vida "civilizada". Juan Moreira, en cambio, persiste hasta el fin en una actitud que bien podría ser reputada de subversiva, enfrentándose en duelo desigual, una y otra vez, a las partidas policiales, hasta encontrar su trágico fin. Moreira, a diferencia de Fierro, muere desafiando temerariamente la ley, sin reconciliarse con el orden.

Hasta los treinta años, Moreira es un buen padre y un buen marido, hábil en las tareas camperas, querido y respetado en su pago, y que sólo ha peleado de manera sangrienta contra los indios, jamás contra cristianos. Como todos los gauchos retratados en este tipo de historias, carece de instintos y de perversiones crueles, y si se convierte en un criminal, sólo es contra sus deseos originales. Juan Moreira, en la visión de Eduardo Gutiérrez, no es más que una víctima social:

Moreira no ha sido el gaucho cobarde encenagado por el crimen, con el sentido moral completamente pervertido; no ha sido el gaucho asesino que se complace en dar una puñalada y que goza de una manera inmensa viendo saltar la entraña ajena desgarrada por su puñal.

No; Moreira era como la generalidad de nuestros gauchos; dotado de un alma fuerte y un corazón generoso, que lanzado en las sendas nobles, por ejemplo, al frente de un regimiento de caballería, hubiera sido una gloria patria, y que empujado a la pendiente del crimen, no reconoció límites a

sus instintos salvajes despertados por el odio y la saña con que se lo persiguió. (Gutiérrez 9)

Juan Moreira es además cantor y guitarrero. En él, la poesía y la música brotan intuitivamente, de manera análoga a la del mítico payador Santos Vega, cuya historia también recreara Gutiérrez. Cabe señalar que esta condición de trovador atribuida al gaucho es una de las cualidades más realzadas por la literatura criollista y nacionalista.

Aunque la fatalidad lo convierte en un asesino, Moreira conserva hasta el fin su nobleza y su sensibilidad. Profundamente afectuoso con su familia y con sus amigos, siempre leal con ellos, no mata nunca porque sí, sino cuando es desafiado, y siempre en duelo criollo, jamás a sangre fría. En verdad, Juan Moreira no puede sustraerse a su destino ominoso, el mismo que comparte con los otros gauchos:

El gaucho habitante de nuestra pampa tiene dos caminos forzosos para elegir: uno, es el camino del crimen [...] otro, es el camino de los cuerpos de línea, que le ofrecen su puesto de carne de cañón [...] Ve para sí cerrados todos los caminos del honor y del trabajo, porque lleva sobre su frente este terrible anatema: hijo del país. (Gutiérrez 14)

Es llamativo que, pese a que también alcanzara una gran popularidad, especialmente entre los pobladores rurales, el *Martín Fierro* no llegó a superar al *Juan Moreira* en las preferencias del público lector de estos años. Martín Fierro fue un personaje más, junto a otros creados o recreados también por Gutiérrez en otros folletines criollistas, como *Juan Cuello*, *Pastor Luna*, *El Tigre de Quequén*, *Santos Vega*, *Hormiga Negra*. Más tarde, sin embargo, los personajes de Eduardo Gutiérrez caerían en el olvido, y en cambio el de José Hernández llegaría a ocupar un sitio de honor dentro de la literatura y la épica nacionales, especialmente a partir de las conferencias de 1913 dictadas por Leopoldo Lugones en el teatro Odeón de Buenos Aires. Durante las mismas, el escritor cordobés defendería la imagen idealizada de Martín Fierro, prototipo del gaucho y de la argentinidad aceptado por las clases altas de prosapia hispanocriolla y despojado de todos sus rasgos rebeldes.

Tal como señala Adolfo Prieto, estos gauchos de novela, como Juan Moreira, eran una suerte de superhombres con los que se identificó un enorme sector de la sociedad argentina hasta aproximadamente 1920: “Superhombres inventados para cubrir las fantasías del lector urbano. Pero superhombres que necesitaban presentarse en el ropaje de gauchos” (Prieto 97). Por otra parte, en estas historias de folletín, despunta lo que Juan Agustín García llamara en su libro *La ciudad indiana*, de 1900, el “culto nacional al coraje” (Prieto 169-170). Muchas letras de

tango, en las primeras décadas del siglo XX, reflejarían también esta idealización del coraje personal y del duelo criollo a cuchillo. Pero volviendo al folletín, vale recordar que en una de las tantas oportunidades en que Juan Moreira se bate con la policía, se topa con el sargento Navarro, al frente de una partida. Ésta es dispersada fácilmente por el gaucho. El duelo, muy reñido, es entonces entre Moreira y Navarro. En un desenlace caballeresco, el primero vence al segundo pero le perdona la vida:

Era el valor subyugado por el valor. Si Navarro después de sus promesas, se hubiera batido flojamente, Moreira lo hubiera muerto o se habría burlado de él de una manera sangrienta; pero Navarro se había batido como un valiente, había sido vencido con bravura, y Moreira se había sentido cautivado.

Ya hemos dicho que el valor es la prenda que más se estima entre los paisanos. (Gutiérrez 169-170)

Paralelo a este “culto nacional al coraje”, eran fundados un sinnúmero de centros tradicionalistas en las ciudades de la llanura pampeana, las mismas que recibían la mayor cantidad de extranjeros. Las reuniones sociales, en las que se cantaba, se tocaba la guitarra, se tomaba mate, se bailaban ritmos “argentinos” y se organizaban payadas, fueron la nota distintiva de estas instituciones de surgimiento espontáneo y popular. En ellas, participaban muchos “nuevos” argentinos. Resulta curioso constatar que entre los grandes payadores de esta época abundaban los apellidos italianos: Francisco N. Bianco, Antonio A. Caggiano, José Betinotti, Generoso D'Amato, Juan Fulginetti (Prieto 131).

Contemporánea al criollismo es la aparición de la prensa anarquista y socialista. Ésta se ocupó también de la figura del gaucho y de su ascendiente sobre las clases populares. La actitud inicial de los anarquistas fue de rechazo al criollismo, ya que éste, con sus estereotipos de inferioridad social, era considerado como funcional a las clases dominantes. Sin embargo, hubo también intentos por captar a la población nativa. Tal es el caso de *El cancionero revolucionario ilustrado*, de 1905 (Prieto 165). Similar situación encontramos entre los socialistas, cuyo periódico *La Vanguardia*, señalaba hacia 1894 que el viejo elemento criollo, debía ser asimilado por los inmigrantes europeos, para alcanzar así un grado de civilización más elevado (Prieto 165). Esto cambiaría después. En 1897, fue editado, dentro de la *Biblioteca Socialista*, el volumen titulado *La situación del paisano*, dirigido a los criollos:

A ti -que ayer has sido libre como el pájaro- y que montado en tu soberbio ‘flete’ bien ‘prendado’ recorrías esa inmensa llanura argentina sin tropezar con cercos ni alambrados, te dedico este folleto.

Quien lo escribe ha pasado algunos años por esa campaña, donde a cada, y a todas horas, ha escuchado -no una sino mil veces tus lamentos. Esas narraciones sencillas, que con tanta frecuencia relatas al compás de tu guitarra, difícilmente puede olvidarlas, quien como tú, sufre la tiranía de esa clase rica, que vive a costa de nuestro trabajo. La lectura de este folleto, te hará comprender quiénes han sido y son los causantes de tu miseria y cuál es el recurso que te queda si aspiras a mejorar tu situación y quieres dejar de ser un esclavo o judío errante. (Prieto 167)

Este fragmento muestra cómo desde la izquierda, ya principiaba por entonces una relectura del pasado nacional desde la óptica de la lucha de clases. El “moreirismo”, precisamente, es la expresión acuñada en esta época para designar esa mezcla de coraje, temeridad y desafío a una autoridad considerada opresora. Pero también se convirtió en el término habitual para designar todo conato de rebeldía o violencia entre quienes integraban las clases populares. El “moreirismo”, para la oligarquía, estaba además asociado a las prácticas delictivas. Así lo señalaba Manuel Gálvez en 1910:

Este pueblo padece de una enfermedad muy grave que aún no ha sido bien diagnosticada: el moreirismo. El gaucho Juan Moreira, representando el más visible y castizo de los defectos nacionales, ha venido a dar una palabra que necesitábamos. Así como de Don Quijote se ha formado la voz qui jotismo para denominar el desequilibrio aventurero y quimérico de los españoles, así de Moreira forma el derivado moreirismo para denominar nuestras tendencias agresivas, nuestra afición a la guapeza, nuestro espíritu faccioso, nuestro culto del coraje y nuestra manía revolucionaria. Juan Moreira es un símbolo nacional. Puede afirmarse que ninguna obra escrita ni ninguna leyenda ha influido tanto en nuestro pueblo como Juan Moreira [...] De todos los gauchos célebres el que más admira el pueblo no es Santos Vega, gaucho poeta, ni Martín Fierro, gaucho bueno, sino Juan Moreira, gaucho agresivo y pendenciero [...] El moreirismo es el alma de nuestras democracias federales. Explica nuestras revoluciones, nuestras tendencias agresivas, y esa funesta lacra de nuestro pueblo, que se llama el ‘compadraje’. Dentro de todo argentino hay siempre un ‘compadre’, un Juan Moreira, así como dentro de todo español hay siempre un Don Quijote. (Galvez 197-198)

En todo caso, el Centenario de la Revolución de Mayo, celebrado en 1910, marcó el comienzo del reflujo del criollismo como fenómeno social. Gradualmente, las publicaciones folletinescas fueron decreciendo en todas partes, excepto en Rosario, en donde a partir de 1913 Longo y Argento pasó a ser la principal casa editorial del género en la Argentina (Galvez 80-81). Esta situación no deja de ser llamativa en una ciudad (la segunda en importancia del país) conformada abrumadoramente por inmigrantes, y en donde el elemento criollo era

minoritario. Es en esta Rosario cosmopolita que el político radical Ricardo Caballero, con un discurso por momentos xenófobo y fuertemente defensor de las tradiciones y de la población nativas, tuvo su principal base de apoyo electoral².

Una serie de obras editadas hacia 1910 en las cuales se reflexionaba sobre la historia, la identidad y el porvenir de la Argentina³, a las que cabe agregar las conferencias de Lugones de 1913, publicadas más tarde como libro⁴, preanunciaban, de alguna manera, el advenimiento de una literatura auténticamente nacional. En ella, la figura del gaucho ya no sería la del cuchillero alzado del moreirismo, que enfrentaba a las partidas policiales y proclamaba su rebeldía frente a un sistema opresor. Tampoco sería la del gaucho histórico, documentado por las fuentes del siglo XIX. Este nuevo paisano, cuya expresión más acabada, a partir de Lugones, sería Martín Fierro, constituye más una idea que una entidad objetiva, un paradigma, antes que un ser humano de carne y hueso. En 1926 Ricardo Güiraldes describía de esta suerte a Don Segundo Sombra, el resero de la pampa bonaerense, último representante de una raza en extinción:

Lo vi alejarse al tranco. Mis ojos se dormían en lo familiar de sus actitudes. *Un rato ignoré si veía o evocaba*. Sabía cómo levantaría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fue [...] Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. *Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre*. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo. (Güiraldes 193, énfasis nuestro)

La nueva literatura, nacional y vanguardista, florecería a partir de la década de 1920, en la pluma de escritores como Güiraldes, Borges o el propio Lugones, entre otros. Aquel criollismo de principios de siglo la había influido de modo directo. Pero lo que nos interesa ahora es regresar al criollo o al gaucho concretos, representantes de una “raza” nativa que, ante el aluvión inmigratorio, comenzó a ser revalorizada en lo atinente a sus aptitudes físicas y laborales.

² La figura de Ricardo Caballero, pensador telurista integrante de la denominada “Generación del Centenario” argentina, la hemos desarrollado con mayor amplitud en el artículo “Ricardo Caballero: nacionalismo y telurismo del Litoral.”

³ En 1909 Ricardo Rojas publicó *La restauración nacionalista*, seguida de *Blasón de plata*, en 1910. Este mismo año aparecieron *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez, *El juicio del siglo*, de Joaquín V. González, *Los gauchos judíos*, de Alberto Gerchunoff, y *Odas seculares*, de Leopoldo Lugones.

⁴ *El payador*, 1916.

2. Una raza argentina

Para comenzar a adentrarnos en la figura histórica del gaucho, nos remitiremos a Andrés Carretero, quien ensaya ciertas precisiones etimológicas y nos proporciona algunos datos importantes:

'Gauderio' es la denominación que siguió en el tiempo y se aplicó a los bandidos y ladrones, o sea, a los hombres libres y sin ocupación fija, equivaliendo en muchos casos a vagabundo [...] Se usó en el área del Río de la Plata, abarcando hasta el estado de Río Grande en Brasil y tuvo vigencia en el habla popular hasta fines del siglo XVIII. Para Groussac es el antecedente etimológico más directo del vocablo 'gaucho'. Se lo ha hecho derivar del latín 'gaudare' que significa gozar. (Carretero 41)

De la palabra "gaucho" vienen, por su parte, "gauchada", "gauchaje", "gauchar", "gaucherío", "gauchesco". Este último término sirve también para dar cuenta de un "lenguaje" propio o característico de la campaña rioplatense, que encuentra su expresión, no siempre fiel, en las obras literarias del género criollista. Cabe aclarar que, lejos de ser original, el lenguaje gauchesco emplea un sinnúmero de palabras castizas caídas en desuso en el español moderno y convencional⁵.

Pero volviendo al tema que nos interesa en este apartado, la palabra "gaucho" comienza a aparecer en las fuentes a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Las actas de los cabildos y las crónicas de los viajeros que pasaron por estas tierras, dan cuenta de su presencia. Henri Armaignac, Samuel Arnold, Cunninghame Graham, Alcide D'Orbigny, Robert Fitz Roy, Alexander Gillespie, Francis Head, William Mac Cann, son algunos de los visitantes que dejaron crónicas y relaciones de la vida en las pampas. En ellos, resultan coincidentes los testimonios que hablan de la libertad de acción del gaucho en las grandes llanuras sin alambrados, de sus destrezas ecuestres, de sus habilidades como artesano del cuero, de su enorme resistencia física, de sus conocimientos de baqueano, y también de su indolencia y austeridad de vida. En este último punto, son muchos los que cargan las tintas contra él, tildándolo de haragán, carente de hábitos de trabajo y de ansias de superación. Así, las descripciones elogiosas conviven con las denigratorias, a veces incluso en un mismo autor.

Entre los numerosos viajeros que escribieron sobre el gaucho, Francis Head pareciera haber ido un poco más allá en sus análisis, arribando, creemos, al quid de la cuestión:

⁵ Para mayores precisiones acerca del lenguaje gauchesco aplicado, o pretendidamente aplicado, en la literatura, ver Ángel Rama.

El gaucho ha sido acusado por muchos de indolencia: quienes visitan su rancho lo encuentran en la puerta, de brazos cruzados y el poncho recogido sobre el hombro izquierdo, a guisa de capa española; su rancho está agujereado y evidentemente sería más cómodo si le dedicara unas cuantas horas de trabajo, en un lindo clima carece de frutas y legumbres; rodeado de ganados, a menudo está sin leche, vive sin pan y no tiene más alimento que la carne y el agua y, por consiguiente, quienes contrastan su vida con la del paisano inglés lo acusan de indolente y se sorprenderían de su resistencia para soportar las fatigas de la vida.

Es cierto que el gaucho vive sin lujos; pero el gran rasgo de su carácter es su falta de necesidades: constantemente acostumbrado a vivir al aire libre y dormir en el suelo, no considera que agujero más o menos en el rancho lo prive de comodidad. No es que no le guste el sabor de la leche, pero prefiere pasarla sin ella, antes que realizar la tarea cotidiana de ir a buscarla. Es cierto que podría hacer queso y venderlo por dinero, pero si ha conseguido recado y espuelas, no considera que el dinero tenga mucho valor; en efecto, se contenta con su suerte, y cuando se reflexiona que, en la serie creciente de lujos humanos, no hay punto que produzca contentamiento, no se puede menos que sentir que acaso hay tanta filosofía como ignorancia en la determinación del gaucho de vivir sin necesidades; y la vida que hace es ciertamente más noble que si trabajara como esclavo de la mañana a la noche a fin de obtener otro alimento para su cuerpo y otros adornos para vestirse. Es cierto que sirve poco a la gran causa de la civilización, que es deber de todo ser racional fomentar; pero puede introducir en las vastas regiones deshabitadas que lo rodean artes o ciencias; puede, por tanto, sin censura, permitirse dejarlas como las encontró y como deben permanecer, hasta que la población, que creará necesidades, invente los medios de satisfacerlas. (Head 163)

En todo caso, lo que destacan las fuentes es la facilidad del gaucho para ganarse su sustento. La campaña rioplatense del siglo XIX poseía un mercado laboral reducido y de funcionamiento estacional, según las necesidades, en cada estancia⁶, de la yerra, el capaje, el faenamiento de los cueros, grasas y sebos, el arreo de ganado, etc. Aunque sin límites visibles, la tierra, de escaso valor económico, ya tenía dueños, y el latifundio predominaba. El acceso a la propiedad y la posibilidad de practicar la agricultura estaban prácticamente vedados. Estas condiciones sólo cambiarían de modo lento y parcial sobre fines del siglo XIX. Para entonces, el trigo se sumaría a la carne como nuevo producto de exportación, y principiaría un limitado desarrollo industrial. El movimiento obrero a éste asociado, en el que la presencia de extranjeros sería más que considerable, comenzaría paralelamente a organizarse y a luchar por sus reivindicaciones.

⁶ Entiéndese por “estancia”, en el área rioplatense, a la gran hacienda o latifundio dedicado, en sus orígenes, a la explotación ganadera, a la cual se agregó, en las postrimerías del siglo XIX, la agricultura extensiva.

En este contexto, habría quienes, en el seno mismo del régimen oligárquico, propondrían una serie de reformas laborales y legales con el objeto de solucionar racionalmente los conflictos -de creciente virulencia- y lograr la paz social por vía de una mejora gradual de la situación de los trabajadores. De este modo, podrían neutralizarse planteos abiertamente subversivos como aquellos provenientes del anarquismo.

En 1904, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, el Ministro del Interior Joaquín V. González impulsó, sin éxito, una reforma del Código de Trabajo. Ese mismo año, fue publicado un extenso y pormenorizado informe, encargado por el mismo González al ingeniero catalán Juan Biale Massé, sobre “el estado de las clases obreras” en la Argentina. Consideramos pertinente resaltar algunos puntos tratados en el mismo, ya que nos ilustran acerca de los problemas que padecía el país en relación al aluvión inmigratorio, el mercado laboral y la situación de la población criolla.

Resulta llamativo que, tratándose él mismo de un inmigrante, encontremos en Biale Massé una sistemática reivindicación de las capacidades físicas e intelectuales del criollo por sobre las del extranjero, el cual es presentado como inferior a aquél. La inmigración europea había sido, en su momento, considerada como la virtual panacea de todos los males que aquejaban al país, empezando por la despoblación, y siguiendo por la falta de hábitos de trabajo, de iniciativa y de conocimientos de los criollos. Ahora, los términos del problema se hallaban invertidos. La esperanza de progreso había dejado de radicar en los inmigrantes, para trasladarse a la propia población nativa.

Ya en el inicio de su informe, Biale Massé afirmaba que, a la luz de su propia experiencia como docente, los alumnos argentinos se destacaban de un modo muy particular:

La primera observación que hace todo profesor extranjero al llegar al país es la superioridad de la inteligencia de sus discípulos, tanto mayor cuanto más se acerca a la faja central de la República. Parece que este fenómeno fuera hijo de la luz radiante en el cielo claro y enrarecido de las alturas, y la continua visión de una vegetación gigantesca y exuberante. (Biale Massé 9)

En este fragmento, Biale Massé, con pocos años de anticipación, se acerca a escritores teluristas como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, con los que comparte el apego y el realce de la tierra natal, considerada casi como una fuerza animista que modela hombres y pueblos. Para él, es el paisaje americano, son sus cielos, sus montañas y sus llanuras, es su “vegetación

gigantesca y exuberante”, los que determinan el alma nacional. Y el influjo telúrico es “tanto mayor cuanto más se acerca a la faja central de la República”, esto es, al Interior del país, en donde la inmigración fue mucho menor que en el Litoral y en Buenos Aires. Allí, la población criolla siguió predominando.

Según Biale Massé, también entre las clases trabajadoras era posible discernir las notables capacidades de los criollos:

Cuando después de vivir quince años la vida de la enseñanza nacional, desde Buenos Aires a Mendoza, a Córdoba y La Rioja, emprendí la fabricación de productos hidráulicos en Santa María (Córdoba), noté desde luego la excelencia del criollo como artesano y como peón. Casi sin aprendizaje, con meras explicaciones, tuve los operarios que necesitaba, y si su trabajo era, en cierto modo, tosco e imperfecto al principio, pronto se afinaba, y vi que había en él una inteligencia embotada por una vida rústica y miserable, fácil de despertar, que tenía ideas propias y una adaptabilidad de simio. (Biale Massé 9-10)

Tras estas afirmaciones, Biale Massé no vacilaba en atacar de lleno la política inmigratoria hasta entonces emprendida por los sucesivos gobiernos nacionales:

Uno de los errores más trascendentales en que han incurrido los hombres de gobierno de la República Argentina, ha sido preocuparse exclusivamente de atraer el capital extranjero, rodearlo de toda especie de franquicias, privilegios y garantías, y de traer inmigración ultramarina, sin fijarse sino en el número, y no en su calidad, su raza, su aptitud y adaptación, menospreciando el capital criollo y descuidando al trabajador nativo, que es insuperable en el medio. (Biale Massé 10)

Biale Massé, en este aspecto, coincidía con otros intelectuales contemporáneos en que la inmigración masiva y sin control resultaba perniciosa. No es que estuviera totalmente en contra del aporte extranjero, pero lo relativizaba. En muchas situaciones, según Biale Massé, el criollo demostraría un desempeño superior al del inmigrante. Incluso en las colonias agrícolas creadas por los europeos en la provincia de Santa Fe y que con frecuencia habían sido puestas como ejemplo por los defensores de la inmigración, el extranjero se manifestaría torpe y desconocedor de las labores agrícolas, que el criollo se habría encargado de inculcarle:

Todos se han preocupado de preparar el terreno para recibir al inmigrante extranjero; nadie se ha preocupado de la colonia criolla, de la industria criolla, ni de ver que aquí se tenían elementos incomparables, y sólo después de observar que los patronos extranjeros preferían al obrero criollo, que los extranjeros más similares y fuertes no eran capaces de

cortar tres tareas de caña en Tucumán, de arrancar un metro de mineral al Famatina, de estibar un buque en Colastiné, de orquillar en las trilladoras en la región del trigo, y de que si el extranjero siembra esas regiones portentosas de cereales, es después de haber fracasado dos y tres veces cuando el labrador cordobés y santiagueño se han colocado a su lado y le han enseñado a trazar el surco, sólo ahora nos apercibimos de que él es capaz, con su enorme potencialidad, de explotar este suelo. (Bialet Massé 10-11)

Al llegar a este punto, observamos cómo la creencia, tan firmemente arraigada durante la mayor parte del siglo XIX argentino, de que la agricultura pampeana sólo podría ser desarrollada por los europeos, es puesta en tela de juicio. La figura del gaucho, como vimos, había sido paradigmática en lo que atañe a la supuesta incapacidad del criollo para abocarse a tareas tan sistemáticas y especializadas como las agrícolas. Pero la opinión de Bialet Massé era diametralmente opuesta:

Es preciso recorrer las colonias para darse cuenta del estado de atraso en que viven los colonos y en el que permanecen; el contacto con el hijo del país, más hábil e inteligente, le daría medios de enriquecerse, que hoy no emplea porque no los conoce [...] así como la necesidad de crear colonias criollas, y en todas reservar un número de lotes para criollos, lo que en el orden político tendrá además grandes ventajas. (Bialet Massé 21)

Este pasaje contrasta con la visión de los pensadores liberales de la Generación de 1880, cuyo proyecto político y económico comenzaba a ser objetado por entonces. En ellos, prevalecía la imagen del colono extranjero enriquecido por su trabajo rural. Es lo que se observa en un autor como Estanislao Zeballos (1854-1923), en su libro de viajes *La región del trigo*, de 1883, pero que también encontramos un siglo más tarde en un historiador como Ezequiel Gallo, quien escribió una obra considerada clásica sobre la “pampa gringa” santafesina (2004). Las ideas de progreso y de movilidad social cristalizan en las descripciones entusiastas de Zeballos pero también procuran ser probadas, de una forma más objetiva y matizada, en el libro de Gallo. Asimismo, podemos apreciar otro contraste, bastante marcado, entre el informe de Bialet Massé y el testimonio de Francis Head. Cabe señalar, sin embargo, que el tipo social descrito por Bialet Massé ya no es el gaucho, extinguido años atrás, sino su descendiente, el trabajador criollo, que a comienzos del siglo XX se desempeñaba como peón en el campo y como obrero y artesano en las áreas urbanas.

Por otra parte, Bialet Massé también reconocía defectos en el “hijo del país”, aunque éstos eran, para él, un producto lógico de las injusticias y despojos de que fuera objeto durante décadas:

Cierto es que adolece de defectos y tiene vicios arraigados; pero no es su obra, ni es responsable de ellos. No se tiene en cuenta que durante ochenta años se le ha pedido sangre para la guerra de la Independencia, sangre para guerras extranjeras, sangre para guerras civiles, y a fe que ha sido pródigo en darla, y no sólo dio su sangre sino que le quitaron cuanto tenía [...] ¡La previsión del porvenir! ¿Acaso podía tenerla? Al día siguiente de casarse era llamado a las armas [...] ¡Hábitos de ahorro y acumulación! ¿Para qué? A su mismo patrón lo veía poner dos y tres veces en el banquillo, para sacarle hasta el último peso [...] Y cuando quedaba en el campo o sirviendo en la ciudad, bajo un régimen semejante a la servidumbre, con una disciplina casi militar, recibiendo escasamente lo indispensable para no morir de hambre, ¿qué es lo que había de ahorrar?. (Bialet Massé 11-12)

Las mismas protestas que vimos expresadas en el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez las reencontramos aquí. El servicio militar arbitrariamente exigido por la autoridad de turno, el desamparo legal, la incertidumbre del porvenir, la exclusión social y económica, forjaban los jalones de una interminable cadena de injusticias. Así, Bialet Massé se colocaba decididamente del lado de quienes consideraba víctimas sociales. Por otro lado, inteligencia aventajada, gran resistencia física, austeridad, habilidad ecuestre, valentía, disciplina, confianza, generosidad, nacionalismo elemental y antipoliticismo, eran las virtudes que Bialet Massé atribuía al criollo y que compendiarían su personalidad:

Posee una alta intelectualidad [...] resiste al trabajo largas horas, aún sin comer, y hace marchas asombrosas bajo un sol abrasador, con media docena de mates por todo alimento; es sobrio para la comida, como pocos madrugador; es jinete innato [...] Altanero, independiente, de un amor propio extraordinario, valiente hasta la temeridad y ceguera; sin embargo, se subordina bien en el ejército y en el trabajo, más por la convicción que por la fuerza [...] Confiado y generoso [...] es hospitalario como un oriental; nadie llega a su rancho que no tenga acogida; cuando no tiene cosa que brindar, comparte con el huésped el escaso plato de locro o la última cebada de mate que le queda.

Localista en extremo, tiene el orgullo de la nacionalidad; pero carece de ideales políticos, jamás ha sido llamado a la vida conciente de la política y se ha cansado de la lucha estéril de comparsa. (Bialet Massé 17)

Aunque la temática excede los límites de este artículo, no podemos dejar de mencionar que, al tratar la cuestión social, estas aptitudes morales fueron interpretadas por Bialet Massé desde una postura afín a la de las clases dominantes. El trabajador criollo, honesto, sumiso, políticamente neutro y “argentino”, fue contrapuesto así al extranjero huelguista y subversivo, ingrato con la nación que lo había acogido con generosidad.

3. Conclusiones

Este breve recorrido histórico nos ha permitido comprender, a grandes rasgos, la situación concreta del gaucho del siglo XIX así como la de su descendiente directo, el trabajador rural criollo de principios del XX. Al mismo tiempo, hemos hecho referencia a dos procesos culturales paralelos: por un lado, el criollismo, fenómeno espontáneo de identificación colectiva y de inclusión simbólica del que participaron tanto “viejos” como “nuevos” argentinos, y por otro lado, la emergencia de una cultura letrada nacionalista. El primero de estos procesos ponderó la figura del Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez, gaucho alzado, de ribetes subversivos y víctima de un sistema opresor, mientras que el segundo, que principió a cobrar relieve a partir de 1913, hizo lo propio con el Martín Fierro de José Hernández, “gaucho bueno”, que acepta sumiso y noble su condición inferior. Con el correr del tiempo, Juan Moreira sería por completo olvidado, mientras que Martín Fierro se convertiría en símbolo de la nueva y oficial argentinidad, presente tanto en la literatura nacionalista como en los manuales de historia patriótica.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. y Sarlo, B. 1997. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Bertoni, L. A. 2001. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bialet Massé, J. 1985. *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Borges, J. L. 1998. *Evaristo Carriego*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cárdenas, E. y Payá, C. 1978. *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Carretero, A. 2002. *El gaucho argentino. Pasado y presente*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, F. 2004. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Falcon, R. "Extranjería, cuestión étnica, clase obrera e identidad nacional en Argentina (1898-1912)". Documento de trabajo del CIESAL.
- Gallo, E. 2004. *La pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe 1870-1895*. Buenos Aires: Edhsa.
- Galvez, M. 2001. *El diario de Gabriel Quiroga*. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- Gerchunoff, A. 2003. *Los gauchos judíos*, San Salvador de Jujuy: Arenal.
- González, J. V. 1979. *El juicio del siglo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Güiraldes, R. 1949. *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires: Losada.
- Gutiérrez, E. 1980. *Juan Moreira*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Head, F. B. 1986. *Las pampas y los Andes*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Hernández, J. 1967. *Martín Fierro*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Lobato, M. Z. Comp. 1999. *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. vol. V, "Nueva Historia Argentina". Buenos Aires: Sudamericana.
- Lugones, L. 1961. *El payador*. Buenos Aires: Centurión.

- Nun, J. 2005. *Debates de mayo. Nación, cultura y política*. Buenos Aires: Gedisa Editorial.
- Ponce, L. 1971. *El circo criollo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Prieto, A. 2006. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Rama, A. 1982. *Los gauchipolíticos rioplatenses*. Buenos Aires: Centre Editor de América Latina.
- Rojas, R. 1971. *La restauración nacionalista*. Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor S.R.L.
- Rojas, R. 1946. *Blasón de plata*. Buenos Aires: Losada, por el diario *La Nación*.
- Rojas, R. 1916. *La Argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación 1810-1816*. Buenos Aires: Juan Roldán y Cía.
- Rojas, R. 1917-1922. *Literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Librería "La Facultad"; Juan Roldán y Cía.
- Romero, J. L. 1993. *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: Brama Huemul.
- Romero, J. L. 1978. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, L. A. 1994. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, S. J. 2008. "Ricardo Caballero: nacionalismo y telurismo del Litoral". *Revista del Centro de Estudios Históricos "Profesor Carlos S.A. Segreti"* 8.
- Terán, O. 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, O. Coord. 2008. *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zeballos, E. 1984. *La región del trigo*. Edición con la ortografía original. Madrid: Hyspamérica.